El perro que guardó la memoria

Luis Eduardo Mardones Mellado

Primera edición, julio de 2026
© Luis Eduardo Mardones Mellado, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500
Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 9791388206887
THEMA: FYB — FBA — FPKB — FHP — FYQ
Depósito legal: M-17403-2026

El perro que guardó la memoria

«Una historia de Veridia»

Luis Eduardo Mardones Mellado

Avant
editorial

PRÓLOGO

Soy Veridia.

No soy una ciudad, soy una consecuencia.

Una criatura nacida del clima, la pobreza y la memoria rota.

Un lugar donde los edificios respiran mejor en la oscuridad que a plena luz, porque aquí la luz no es un hábito: es una excepción.

Vivo frente al mar, encajada entre un puerto enorme y una cordillera que no me deja escapar de mí misma.

Soy húmeda, lenta, gris.

Tengo pocas horas de luz en al año y las noches son más largas que los inviernos.

La neblina no me cubre: me alimenta.

Me siento más viva cuando el clima no deja ver con claridad y los pensamientos tienen que abrirse paso a tientas.

Tengo un río que me atraviesa: el Estigia, un río oscuro que divide mis almas como un cirujano triste.

A la izquierda, conmigo mirando hacia el mar, están:

Los Altos de la Concordia, donde vive la gente con dinero y con miedo.

Rascacielos, luces brillantes, balcones con vista a la bahía, gimnasios silenciosos, recepciones con aroma a café caro… y secretos que nunca bajan al suelo.

El Puerto Dorado, mi orgullo económico.

Un pulmón de comercio marítimo, contenedores gigantes, barcos pesqueros, lonas mojadas, olor a sal, a sardinas, a gasolina, a motores despiertos.

De día parece productivo; de noche, parece un cementerio de acero.

Ahí, en ese lado del Estigia, la gente cree que el dinero es una pared suficiente para no escucharme hablar.

No es cierto.

Y al otro lado, donde la luz ya no promete nada, están:

El Bajo Fondo, la orilla donde el mar no perdona.

Las pesqueras viejas, los basurales escondidos detrás de galpones oxidados, talleres improvisados, perros flacos, niños mudos, sirenas de fábricas que suenan como advertencias.

El mar arroja cosas aquí que no arroja en ninguna otra parte: madera, cadáveres, ropa, naufragios y preguntas.

La Colina de las Esperanzas, mi barrio más íntimo.

Casas viejas, paredes húmedas, techos con goteras, ropa colgando entre balcones, perros durmiendo sobre cartón, mujeres que esperan amarillos en la parada de buses, ancianos que recuerdan cuando la ciudad prometía algo.

Nadie los visita.

Nadie los mira.

Nadie los escucha.

Ese lado del río no tiene rascacielos ni promesas.

Solo tiene memoria.

Una memoria silenciosa, rota, casi religiosa.

Yo, Veridia, amo ese lado más que todos los demás.

Porque ahí la tristeza no es un espectáculo: es un idioma.

Entre esos dos mundos opuestos —en mi ciudad, por sobre el río Estigia—, los uno.

El puente de las Mil Luces parece ser el umbral que une la lujuria con la precariedad; sus luces iluminan entre la niebla y, sobre él, se ubican lugares para olvidar la vida que llevan mis habitantes.

Mi clima rara vez deja ver el sol con claridad.

La lluvia cae sin pedir permiso.

Las nubes se estacionan sobre mis techos como barcos detenidos.

La humedad se pega a los huesos y a las paredes.

Los paraguas no se secan nunca.

Las botas siempre tienen barro.

Las ventanas lloran desde adentro.

A mí me conocen por las historias oscuras: por los crímenes, las desapariciones, los juicios corruptos, los huérfanos sin nombre, los hospitales sin camas, la policía cansada, las morgues que nunca tienen una noche libre.

He visto más muertos que celebraciones.

Más injusticias que cumpleaños.

Más gente buscando sobrevivir que gente buscando vivir.

Cuando no hay sol, la moral se vuelve gris también.

Yo soy eso: penumbra.

Y sin embargo…

hoy quiero contarte algo distinto.

No voy a hablarte de asesinos, ni de conspiraciones, ni de psicópatas disfrazados de justicia.

Eso ya lo sabes, aunque no me conozcas todavía.

Hoy quiero mostrarte algo pequeño, íntimo, vulnerable, casi inocente dentro de mi oscuridad.

Una historia que no tiene olor a pólvora ni a expedientes.

Una historia sin titulares policiales.

La historia de una amistad.

La historia de un niño que no recuerda quién es y que aprendió a caminar por mis calles con un perro que no lo dejó nunca solo.

Una historia donde la lealtad es más grande que el miedo, donde el amor no necesita palabras, donde la justicia no tiene jueces ni abogados, donde la felicidad es breve pero suficiente, donde la muerte no es un final, sino un recordatorio.

Una historia diminuta en mi geografía, pero tan poderosa que podría explicarme mejor que cualquier mapa, mejor que cualquier estadística, mejor que cualquier noticia.

Porque, aunque yo parezca hecha solo de sombras, a veces, muy de vez en cuando, en la grieta entre mis edificios húmedos y mis noches interminables, aparece una luz pequeña.

Y esa luz no es eléctrica.

Esa luz camina con cuatro patas y una cola.

Esa luz duerme con frío y hambre.

Esa luz protege a un niño que nadie recuerda y que yo, Veridia, quiero recordar ahora.

Porque incluso en mis calles más sucias, entre mi humedad y mi cansancio, la ternura existe.

Y aunque sea breve, aunque sea frágil, aunque no dure… es real.

Te la voy a contar despacio.

Sin prisa.

Como si camináramos juntos bajo la lluvia, dejando que el sonido del agua sobre el pavimento nos haga compañía.

Bienvenido a mi puerto, a mis luces cansadas, a mis pasillos de neblina.

Siéntate conmigo.

Vamos a observar a un niño caminar por mis calles con su perro.

En mi ciudad, incluso la inocencia tiene sombra.

Pero esta historia no vino a juzgar.

Vino a recordar.

Vino a cuidar.

Vino a amar.

CAPÍTULO I - EL DESPERTAR

La ciudad ya estaba cansada a las seis de la tarde.

En Veridia, el día no se estira: se encoge. Se retrae como un animal asustado ante la inminencia de la sombra. La luz dura poco, apenas un suspiro dorado que se ahoga en el gris perpetuo; la penumbra manda con puño de hierro y la noche cae antes de que las personas sepan que ya llegaron a ella. Es una noche que no baja del cielo, sino que sube desde el asfalto, desde las alcantarillas, desde los suspiros de los que ya no esperan nada.

El niño despertó sin saber que había estado dormido.

Abrió los ojos y el mundo no tenía bordes. Todo era una mancha difusa de concreto y humedad. No hubo transición, ni sueños que se desvanecieran, ni esa pesadez dulce del descanso. Solo un clic en la mente, como quien enciende una bombilla en una habitación vacía.

No había lluvia, lo cual en Veridia es un milagro menor, casi una ofensa.

No había barro en su ropa, solo el polvo fino de la ciudad que se adhiere a todo como una segunda piel.

No había marcas visibles en su piel salvo una herida reseca en la rodilla derecha, una costra oscura con forma de mapa incompleto, como si hubiese besado el pavimento en algún momento que ya no existía en su memoria. Se la tocó. Estaba áspera. Era lo único real que tenía.

Tenía once años,

o algo parecido a eso. Sus manos eran pequeñas, pero sus ojos… sus ojos tenían la antigüedad de las piedras.

Estaba solo.

La soledad no era una ausencia de gente: era una presencia física, un frío que le nacía en el estómago y le subía por la garganta.

No recordaba cómo había llegado hasta ese pasaje estrecho.

Era un rincón sin luz, escondido entre edificios altos que se inclinaban sobre él como gigantes curiosos y balcones apagados donde la ropa tendida parecía banderas de rendición.

La oscuridad estaba ahí, quieta, como una manta pesada tejida con hilos de silencio.

Y, curiosamente, no le daba miedo.

El miedo requiere algo que perder y él no tenía nada.

Era una sensación extraña: como si perteneciera a ese silencio, como si él fuera una nota más en la sinfonía muda de la ciudad.

El primer pensamiento llegó como un golpe suave, una piedra lanzada a un lago quieto:

«¿Qué hago aquí?».

La pregunta rebotó en las paredes de su cráneo sin encontrar eco.

Y luego otro, más profundo, más afilado:

—¿Quién soy? —dijo en voz alta, mirándose las manos.

Esperó una respuesta automática, como quien espera que un semáforo cambie de color, confiando en que el mundo tiene reglas, en que hay un orden preestablecido.

Pero no llegó nada.

Ni un nombre. Ni una cara. Ni una voz materna llamándolo a cenar.

Solo un vacío limpio, sin angustia; un blanco absoluto, un olvido perfecto, como si alguien hubiera pasado una goma de borrar gigante por su historia, dejándolo solo con el contorno.

Tuvo la extraña certeza de que ninguna respuesta le iba a llegar si seguía sentado. La verdad no busca a nadie en Veridia; uno tiene que salir a cazarla.

Así que decidió levantarse. Sus piernas respondieron, aunque las sentía ajenas, como herramientas prestadas.

A pocos metros, entre la oscuridad del pasaje que olía a orina vieja y a metal oxidado, vio una avenida iluminada.

Un letrero colgaba desde lo alto, brillando con letras blancas que parpadeaban con un zumbido eléctrico, luchando contra la muerte del neón:

Avenida Los Álamos.

No sabía dónde estaba, pero esa luz era un primer mapa, un faro en su océano personal.

El niño cruzó el pasaje con calma. No corrió. No había nadie persiguiéndolo, porque para ser perseguido, alguien tiene que saber que existes.

Las personas caminaban sin verlo, como sombras con prisa. Hombres con abrigos largos que miraban sus relojes, mujeres con carteras apretadas contra el pecho. Eran fantasmas sólidos, preocupados por el tiempo, por el dinero, por llegar a algún lugar donde el frío no entrara.

Parejas de enamorados tomaban café bajo toldos encendidos, sus risas encapsuladas en vapor. Se miraban a los ojos, construyendo mundos privados de dos habitantes.

Familias salían de tiendas con bolsas brillantes y paraguas cerrados, hablando de juguetes, dulces y regalos. Un padre levantaba a su hija en brazos. La niña reía. El sonido fue como un cristal rompiéndose en el oído del niño.

La ciudad estaba viva, palpitante, llena de historias entrelazadas.

Pero él era invisible.

Era un error en la matriz, un espacio en blanco en el párrafo de la realidad.

Sintió una punzada pequeña en el pecho, no de tristeza… sino de distancia. Una distancia infinita, insalvable. Como si estuviera viendo una película a través

de un vidrio blindado, como si no perteneciera a ningún otro cuerpo humano, como si fuera de otra especie.

A lo lejos distinguió una plaza.

Las pocas luminarias la teñían de un amarillo fatigado, enfermizo, que hacía que los árboles parecieran esqueletos retorcidos.

Las sombras en los juegos infantiles se alargaban, pareciendo figuras esperando conversación, espectros de niños que jugaron allí hace décadas.

Caminó hasta una banca solitaria. La madera estaba húmeda.

Se sentó sin urgencia. El tiempo no significaba nada para él.

Miró los columpios que se mecían levemente con el viento, los toboganes despintados, las estructuras gastadas por miles de manos pequeñas.

Pensó en algo simple, una pregunta que debería ser fácil: «¿Dónde están mis padres?».

Intentó invocar una imagen. Un olor. El perfume de una madre. La voz grave de un padre. El calor de una cocina.

No pudo recordar un rostro, una voz, una casa, una risa.

Nada.

Solo estática. Ruido blanco.

Observó sus propias manos, limpias, sin cicatrices, con las líneas de la palma intactas. ¿Qué destino estaba escrito ahí? No sabía leerlo.

Luego se tomó la cabeza con ambas palmas, apretando las sienes, como intentando escarbar una memoria enterrada, forzar a su cerebro a escupir un dato, un nombre, una letra.

Una punzada le ardió en la sien, fugaz, como una aguja caliente.

Una herida olvidada. Un dolor fantasma.

Sentía el pinchazo al tocarla, pero no el origen. No recordaba la caída. Solo tenía la consecuencia.

Volvió a mirar los juegos infantiles.

Por un segundo, le pareció ver a un niño, unos años menor, haciéndole señas desde el tobogán: una alucinación de soledad.

El niño negó con la cabeza, amable, silencioso, respondiendo a la nada.

No quería hablar.

No quería acercarse.

Solo quería observar. Entender las reglas de este mundo antes de intentar jugar en él.

Las horas corrieron como hojas arrastradas por el viento, sin dejar rastro.

La plaza se vació. Los últimos paseantes se fueron, llevándose sus risas y sus problemas a casas con calefacción.

Las luces bajaron su intensidad, ahorrando energía para una ciudad que no merecía ser vista.

Las sombras crecieron, devorando los senderos, los bancos, los árboles.

Y él se convirtió en la única figura moviéndose en ese lugar: el último habitante de la isla.

Se acercó a un columpio y lo empujó con la mano, sin sentarse primero.

El chirrido metálico —iiiic, iiiic— parecía una voz antigua, un lamento de óxido.

Luego se subió.

La cadena estaba fría en sus manos.

Al principio se balanceó despacio, como si no quisiera perturbar el aire, pidiendo permiso al espacio para ocuparlo.

Después, más fuerte.

Los pies querían volar, apuntando al cielo gris, como si hubieran hecho eso miles de veces sin que él pudiera recordarlo. «El cuerpo tiene su propia memoria», pensó. «Mis piernas saben columpiarse, aunque mi mente no sepa mi nombre».

Hasta que, sin pensarlo, saltó.

En el punto más alto del arco, soltó las cadenas.

Voló dos metros.

Fue un segundo de ingravidez. Un segundo de ser pájaro.

Cayó de pie.

El impacto vibró en sus tobillos, real, sólido.

Elevó los brazos al cielo en una pequeña celebración espontánea: un triunfo privado contra la gravedad y el olvido.

Nadie lo vio.

El aplauso fue el silencio.

Sintió un cansancio agradable. El cuerpo le pesaba, pero era un peso bueno, un peso que lo anclaba a la tierra.

No había miedo en la noche. La noche era honesta. No prometía nada que no pudiera cumplir.

Solo esa sensación extraña de ser alguien sin nombre y sin origen, pero no sin vida. Existía. Respiraba. Eso tenía que ser suficiente por ahora.

En la banca había una casaca grande y gruesa, de pluma, probablemente olvidada por alguien borracho, o dejada por otra sombra bondadosa para quienes no sabían volver a casa. Un regalo del azar.

El niño se la puso.

Era enorme. Olía a tabaco y a lluvia vieja.

Las mangas le cubrían los dedos, convirtiendo sus manos en muñones de tela.

La parte baja casi le envolvía los tobillos como una túnica.

Giró sobre sí mismo, sintiendo el peso de la casaca, como probándose ante un espejo invisible.

Se vio ridículo. Se vio pequeño.

Y rio.

El sonido salió de su garganta sin permiso.

Una risa inocente. Clara como una campana.

Breve.

Sin motivo.

Solo porque estaba vivo y tenía abrigo.

Buscó un refugio. La banca estaba demasiado expuesta.

Los juegos infantiles ofrecían un escondite aceptable: tubos de plástico, madera astillada, sombras densas, un techo pequeño hecho por la estructura del tobogán. Una cueva urbana.

Se acomodó ahí dentro, como quien se mete en un nido prestado, rodeado de grafitis que no entendía.

Miró el cielo entre las rendijas de la madera.

Ninguna estrella. Veridia no permite estrellas. El *smog* y las nubes son un techo celoso.

Solo luz artificial borrándole el universo, un resplandor naranja que no calentaba nada.

Se arropó con la casaca, haciéndose un ovillo.

Y se durmió.

No luchó contra el sueño. Se dejó caer en él como en un pozo negro, pensando, con esperanza suave, casi ingenua, que quizá al despertar todo tendría nombre. Que el mundo volvería a tener etiquetas.

El frío de la madrugada lo despertó.

No era el frío de la noche. Era el frío del alba, ese que muerde los huesos y se mete debajo de las uñas.

El silencio era más sólido. Pesado.

La plaza estaba completamente sola. Ni siquiera el viento se movía.

El niño respiró hondo, el aire helado quemándole la nariz, intentando entender si la memoria había vuelto mientras dormía. Buscó en su mente.

Nada.

El archivo seguía vacío.

No.

Seguía siendo un desconocido dentro de su propio cuerpo. Un inquilino sin contrato.

Entonces lo oyó: un sonido minúsculo.

Un gemido pequeño, húmedo, parecido a un llanto, pero sin la complejidad humana.

No venía de un humano. Era más puro.

A un par de metros, parado en el borde del pasto húmedo, había un cachorro.

Una bolita de pelo temblorosa.

Un perrito de unos cinco meses, pelaje café suave, sucio de barro, con una mancha blanca grande en el pecho, como un corazón expuesto.

Lo observaba con ojos asustados. Ojos grandes, líquidos, negros. Ojos que habían visto demasiadas botas y pocas manos.

—Ven —dijo el niño, levantando suavemente la mano envuelta en la manga gigante. Su voz sonó extraña en el silencio, como si rompiera un cristal.

El cachorro no avanzó.

Bajó la cabeza, sumiso, esperando el golpe. Agitó la cola tímidamente, una bandera blanca de rendición, y gimió otra vez.

—Ven, no tengas miedo… —susurró, y en ese susurro puso toda la ternura que no sabía de dónde sacaba—. ¿Estás perdido? Yo también. Estamos igual.

La palabra «perdido» flotó entre ellos, un puente invisible.

El cachorro dio dos pasos tímidos. Olfateó el aire, buscando peligro, buscando mentira.

No encontró ninguna.

El niño descendió del escondite despacio, moviéndose en cámara lenta, como si no quisiera romper la magia del momento.

Se arrodilló en el pasto húmedo.

Extendió la mano desnuda y el cachorro la olfateó. Su nariz estaba fría y húmeda.

Luego la lamió: una lengua rasposa y caliente.

El niño sonrió con una calidez que le subió desde los dedos hasta el pecho, descongelando algo que no sabía que estaba helado.

Lo acarició detrás de las orejas. El pelaje estaba enredado, pero era suave.

El cachorro cerró los ojos, entregado a esa caricia, suspirando. Se apoyó contra la mano del niño, pesando, confiando.

Caminaron juntos por la plaza vacía, bajo la luz gris del amanecer que empezaba a manchar el cielo. Sin ninguna urgencia en el destino. Dos náufragos en una isla de cemento.

—No sabes tu nombre… —dijo el niño, mirándolo. El perro lo miró de vuelta—. Yo tampoco. Somos parecidos. Somos nadie.

El cachorro parecía escucharlo. Ladeó la cabeza.

Lo seguía pegado a la pierna, tropezando con sus propios pies a veces.

No buscaba comida, aunque se le notaban las costillas.

Buscaba compañía. Buscaba manada.

El niño encontró un pasaje estrecho con techo y dos contenedores metálicos grandes.

El olor no era agradable, una mezcla de basura y humedad rancia, pero la sombra era cálida, protegida del viento cortante.

Se acostó entre los basureros, sobre unos cartones viejos, arropado en la casaca gigante que ahora era una carpa para dos.

El cachorro se acurrucó en su pecho sin miedo, girando dos veces antes de dejarse caer.

El niño sintió el corazón del animal latiendo rápido contra el suyo. Pum-pum, pum-pum. Un reloj de vida.

El niño le rodeó el cuerpo con el brazo, protegiéndolo del mundo.

Sintió calor. Un calor que no venía de la lana, sino de otro ser vivo.

Por primera vez desde que había despertado en esa calle sin nombre, no se sintió solo. La soledad se había ido, espantada por un perro sucio.

Y ahí, bajo un techo improvisado, con una ciudad dormida e indiferente al otro lado, el niño cerró los ojos.

El cachorro respiraba lento contra él, soltando un suspiro largo, como si supiera que esa madrugada no debía dejarlo ir. Que se habían encontrado para salvarse.

Y el sueño volvió, suave, protector.

Sin identidad.

Sin pasado.

Sin futuro.

Solo dos abandonados abrazados para que la oscuridad no duela tanto. Para que el frío de Veridia no les llegara al alma.

«En Veridia la memoria se esconde como un animal herido; pero la amistad, incluso pequeña y sin nombre, es el primer abrigo contra el frío».”

CAPÍTULO II - EL NIÑO, EL PERRO Y EL PUENTE DE LAS MIL LUCES

La madrugada se deshizo como un papel mojado, sin colores, sin sonidos: solo una transición grisácea entre una oscuridad y otra. El niño despertó con un tiriteo suave en los huesos, ese frío que no se quita con ropa porque viene del suelo mismo de Veridia. El cachorro seguía junto a él, hecho un ovillo tibio, respirando con un ritmo lento y profundo, como si entendiera el concepto de refugio mejor que cualquier adulto.

El niño sintió una alegría inexplicable, casi dolorosa, al descubrir que el perro no se había ido. No lo había abandonado. En un mundo donde todo parecía evaporarse —la memoria, el calor, la luz—, que algo se quedara era un milagro.

Le acarició la cabeza, sintiendo la textura áspera y sucia del pelaje bajo sus dedos entumecidos.

—Gracias por quedarte conmigo —susurró, y su voz sonó ronca, oxidada por el silencio de la noche—. Pensé que al despertar… pensé que serías un sueño.

El cachorro levantó un poco el hocico, abrió un ojo perezoso y lo miró. Luego volvió a apoyar la cabeza contra el brazo del niño, pesando, confiando. «Aquí estoy», parecía decir. «Aquí estamos».

La ciudad estaba apenas despertando; aunque «despertar» era un eufemismo peligroso en Veridia, donde las horas de luz parecían accidentales, errores de cálculo en un sistema diseñado para la sombra. El sol no salía, exactamente: solo daba indicios de que seguía existiendo en algún lugar lejano, detrás de una cortina de nubes grises que nunca se movían, un techo de plomo que asfixiaba los colores.

El niño y el perro caminaron hacia la plaza.

Los árboles del parque goteaban humedad, lágrimas negras sobre el asfalto.

El pavimento exhalaba frío, una neblina baja que se enredaba en los tobillos.

La plaza parecía un bosque abandonado, un escenario donde la obra terminó hace mucho tiempo y nadie se molestó en apagar las luces.

El niño se sentó en una banca con cuidado, como si temiera romper el equilibrio de la mañana. El cachorro lo imitó; se sentó sobre sus patas traseras y movió la cola como un metrónomo lento. Tic, tac. Tic, tac. Marcando un tiempo que solo ellos compartían.

La chaqueta que había encontrado la noche anterior seguía siendo un abrigo enorme, una casa portátil de pluma y olor a tabaco viejo. Dentro de uno de los

bolsillos sintió algo duro, frío. Metió la mano y sus dedos chocaron con metal y papel: monedas y billetes sueltos.

Los sacó y los miró en su palma abierta. No sabía a quién habían pertenecido. No sabía si eran el cambio de un café o los ahorros de una vida. No sabía si debía guardarlos para sí mismo o dejar que el azar decidiera otro dueño.

—Supongo que… si alguien dejó esta chaqueta, también dejó esto para mí —dijo en voz baja, buscando la aprobación de su único testigo—. ¿Qué dices tú? ¿Es robar si lo encuentras en tu propia ropa, aunque la ropa no sea tuya?

El perro lo miró y ladeó la cabeza, con las orejas atentas. No opinó, pero la cola golpeó el contenedor que estaba a su lado: pum, pum.

El niño sonrió. Una sonrisa pequeña, secreta.

—Eso significa que sí. Que es nuestro.

Guardó el dinero en un bolsillo interior, lo más profundo que encontró, cerca de su pecho, como si fuera un tesoro peligroso. A los once años no sabía nada de bancos, ni de salarios, ni de intereses, pero comprendía el instinto animal de guardar aquello que podría salvarte la vida. El dinero era calor en potencia: era comida futura.

Caminaron juntos hacia una avenida cercana.

El tráfico era suave, un rumor de neumáticos sobre asfalto mojado. El viento arrastraba olores de pan recién horneado, café quemado, motores diésel y la omnipresente lluvia. El perro olfateaba el aire con felicidad, leyendo las noticias invisibles que traía la brisa. El niño observaba a la gente con distancia. Una parte de él sentía que era normal no acercarse, que había una barrera invisible entre él y los demás; otra parte no sabía cómo cruzarla, ni si quería hacerlo.

La ciudad iba formando una rutina por sí sola, un mecanismo ciego: gente con maletas, arrastrando vidas portátiles; personas saliendo a trabajar, con los ojos fijos en el suelo; niños entrando a colegios con mochilas coloridas, uniformes impecables y madres que les arreglaban el cuello de la camisa.

El niño los observaba con una especie de reverencia muda.

«¿Quiénes eran? ¿Qué se siente tener una casa, una llave en el bolsillo, una madre que te despierte con un beso y no el frío? ¿Qué se siente saber que alguien te espera?», pensó.

Aún no podía imaginarlo. Era un idioma que no hablaba.

El cachorro se adelantó unos pasos, tirando de una correa invisible, hasta un quiosco abierto. El dueño, un hombre mayor con cara de mapa arrugado, estaba acomodando revistas y sacudiendo migas de una bandeja metálica. El niño lo observó desde lejos, escondido detrás de un poste de luz. No sabía si debía pedir algo, si debía hablar o si sería expulsado como una plaga.

En la vitrina había panes recién hechos, dorados, humeantes; agua embotellada que brillaba como diamantes líquidos y dulces envueltos con papel brillante que prometían azúcar y olvido.

Su estómago no dolía. El hambre en Veridia le enseñaba que sería una compañera constante y se vuelve ruido de fondo.